



ELLERINA

Manuel Martín Hidalgo

ELLERINA



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Martín Hidalgo

ISBN: 978-84-19748-36-2

ISBN digital: 978-84-19748-37-9

Depósito legal: M-10781-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

I

Aquella mañana era fresca y luminosa a pesar de que algunas nubes blanquecinas y deshilachadas se deslizaban rápidas por el cielo. Había quedado atrás el ventoso mes de febrero y los días ya no tenían el rigor del invierno; el sol calentaba un poco más la tierra y vencía la humedad persistente que, durante meses, había hecho guarecerse en sus covachas y refugios a hombres y animales. Hacía tan solo unos días que había entrado la primavera del año 816 de la era cristiana. Era finales de marzo y la naturaleza, en una explosión de luz y colorido, se mostraba llena de vida. El cielo iba adquiriendo esa tonalidad de azul intenso que ofrecería luego en el verano. Las lluvias, que todavía habrían de llegar, serían suaves y cálidas, atemperadas por el calor que ya comenzaba a retener la tierra, en cuyo seno germinaban las semillas traídas por el viento y las sembradas por la mano del hombre. Los días, poco a poco, se igualaban a las noches. Era el despertar de la tierra de un sueño aterido y negro; era el volver a la vida desde un tiempo detenido que principió cuando comenzaron los fríos.

La comitiva que cruzaba por aquellos campos y avanzaba por antiguos y estrechos caminos a través de las sierras, o por destruidos tramos de la vieja calzada romana poniendo una nota multicolor con sus uniformes y coloridas túnicas, estaba formada por orgullosos y aguerridos jinetes, que sobre enjaezados alazanes, eran seguidos por numerosos y pesados carros y mulas de carga.

Hacía tres días que Al-Uldri ben Hafsum y sus hombres habían salido de Córdoba. Allí ya una adelantada primavera había abierto

de par en par sus puertas. Al pie de las murallas, con el frescor del río, se abrían en hermosura las rosas y las azucenas; y las altas palmeras, que proliferaban por todas partes, enviaban un hálito de frescura que, unido al perfume de los frutos de las huertas junto al río, traspasaban las murallas por lo alto de sus almenas e inundaban las calles de mezcladas fragancias. Entonces los hombres, después de la última oración, se reunían en cualquier ensanche y hablaban hasta bien tarde.

Pero todo esto lo había dejado atrás el noble Al-Uldri ben Hafsum, que cabalgaba al frente de los suyos con el corazón dolorido y los recuerdos de los últimos días, todavía, punzándole las entrañas.

El aire parecía espeso por los caminos y sendas de las sierras que atravesaban aquella mañana de sol, y, para respirar, era como si tuvieran que hacerlo con la boca abierta, como a bocados. El cansancio y la pesadez de una aguda nostalgia agarrada al corazón hacían que el mutismo del jefe se contagiara de hombre a hombre, y cada uno de ellos cabalgara en compañía de sus íntimos pensamientos y de sus propias pesadumbres. Una resignada tristeza se reflejaba en los rostros de la mesnada. El jefe que la mandaba sentía sobre su hombro la mordedura de la desgracia que le había perseguido cuando más seguro se creía, cuando más alto era el pedestal en el que se mostraba y más cercano estaba a la persona del poderoso emir Al-Hakem.

Al-Uldri ben Hafsum, que fuera íntimo amigo del emir y el cortesano más encumbrado de su corte vio, sin embargo, cómo un día se abría bajo sus pies el pozo del destierro, y era empujado a él por la insidia y la calumnia de los que tenían el corazón lleno de envidia. Atrás dejaba una feliz y dichosa etapa de la vida cortesana de Córdoba, en la que todos sus días habían sido dorados; y, ahora, al levantar la vista por encima de la cabeza de su caballo y contemplar las tierras que atravesaban, presentía que los próximos que habían de venir, en el inmediato futuro, no serían días dorados, precisamente, sino negros y duros para su propia existencia y la de sus hombres.

Habían salido de Córdoba hacía tres días, pero no habían llevado la ruta principal hacia Mérida, sino que pasando por la antigua Astigi, y cruzando el Gran Río por la romana Celti, giraron luego hacia el noroeste, hacia las oscuras sierras que se divisaban en el horizonte. Por allí, siguiendo un cordel entre pequeñas sierras, habían llegado a la que más tarde sería la árabe Wad al Qanal, en las últimas estribaciones de Sierra Morena. Al atardecer asomaron los primeros jinetes de la comitiva, desde el último puerto de sierra, a las ruinas de la que en otro tiempo fuera la importante ciudad romana de Regina Turdulorum.

Tras una fatigosa jornada, ante sus ojos, como si se hubiera abierto una puerta en el mismo campo, apareció una inmensa llanura en la que se perdían, desgastadas, las últimas lomas desprendidas de la sierra, hasta chocar, más allá de donde se juntaban el llano y el cielo, con otra importante vía romana que también desde Córdoba, pasando por la antigua Metellinum, llegaba hasta la ya árabe, y siempre rebelde, Mérida.

Al-Uldri detuvo la comitiva mientras contemplaba el inmenso campo abierto que se presentaba a sus ojos. Desde allí pudo sentir el contraste del verdor claro y vívido de las hierbas altas y de los escasos cereales, sembrados en la ancha campiña que se divisaba, con el oscuro de los olivos y con el negro de los troncos de las encinas y de los chaparros dejados a su espalda.

Cuando Al-Uldri ordenó reemprender el camino y la comitiva bajó del puerto, pudo comprobar el noble árabe las ruinas de lo que antes fueran quintas romanas, sus molinos de aceite, los estanques y conducciones de agua que, cegados por el tiempo y el abandono, era lo que resaltaba, visto desde el puerto, como manchas marrones en la piel verde de la llanura.

¡Qué poco quedaba —pensaba Al-Uldri ben Hafsum al observar aquellas tierras por encima de la cabeza de su caballo— de la pasada civilización latina que un día unieron la Bética y la Lusitania! Solo existía en aquellos parajes un polvo blanquecino de rudeza y bestialidad impregnando ahora los caminos, transitados por

hombres llenos de hambres, de espectros humanos con los que daba miedo cruzarse porque en sus rostros, y en sus ojos, llevaban impresas las huellas del hambre y de la pobreza. Pero Al-Uldri también pudo comprobar, cuando se cruzó con alguno de estos hombres que, aunque se vistieran con harapos, en sus miradas ardían ascuas de fiereza.

Todo había sido arrasado en aquellas tierras en los siglos anteriores por una ola de barbarie, que se fue completando conforme avanzaron los años. Durante mucho tiempo estas tierras fueron esquiladas una y mil veces por bandas de ladrones que asestaban sus golpes a las alquerías vecinas, donde los campesinos eran incapaces de defenderse. Entonces llegaban hambres sobre hambres, epidemias sobre epidemias que diezmaban la población, y muchos de estos campesinos se pasaron de robados a salteadores, incrementándose así el número de bandas de ladrones en detrimento de la mano de obra. Mientras, grandes extensiones de feraz tierra quedaban sin cultivar y eran dueñas de ellas la maleza y las malas hierbas. Tampoco existía una ciudad en la que apoyarse, solo ruinas y una inmensa llanura que, si hubiera sido abierta por el arado, mostraría un surco de tierra negra, gorda, fértil, hambrienta de semilla, y no estaría, seguramente, salpicada aquí y allá de derruidas mansiones sobre las que se habían edificado casuchas y covachas con desechos de cualquier clase de material, y refugios para resguardar a los animales. Solo en la lejanía, hacia el noroeste, tocando con el horizonte, una mancha oscura de árboles altos y apretados indicaban, a su cobijo, una construcción de importancia.

De la huella de tan esplendoroso pasado romano en aquella tierra, solo escombros quedaban; de pasadas riquezas solo mudos testigos eran las ruinas. Todo había sido borrado y devastado. Por doquier se veían restos de la civilización romana, esparcidos aquí y allá, abandonados como cadáveres en la linde del desierto.

A Al-Uldri le invadió una sensación dolorosa —añadida a su propio dolor de destierro—, que le había causado el ver a hombres

cubiertos de harapos arrancando las piedras de la antigua calzada, o expoliando lo que quedaba de las quintas abandonadas, para construir sus míseras cabañas que compartían, los más afortunados, con sus propios rebaños.

Con paso presuroso, ansiando el descanso después de tan largo camino, y buscando un abrigo donde pasar la noche, cayeron él y sus hombres sobre las destejadas casuchas de la que fuera la antigua ciudad romana de Regina Turdulorum, cuyos techos estaban ocultos en el suelo por los excrementos de los animales. De sus casas destejadas y sin pavimentos tuvieron que echar, con la punta de sus gummies, a unos pastores que allí habían tomado refugio para ellos y sus ganados.

Al poco un murmullo de vida llenó el ruinoso espacio; a su lado, sus hombres acondicionaban el terreno para guarecerse durante la noche; los niños, con un júbilo que se transformaba en griterío, saltaban por las destrozadas paredes en un intento de desentumecer las piernas agarrotadas por la postura en el carro o sobre la mula durante tanto tiempo; las mujeres, en un no menos bullicioso ajeteo, se dispusieron a preparar la cena.

Uno de los más atareados en acondicionar sus carros era Abdías Imbrahim, un comerciante judío, que acompañaba a semejante séquito en funciones de intérprete con la población autóctona, y que, al igual que hacía en cada alto, aprovechaba para situar sus carros en lugar bien iluminado por varias antorchas y, ayudado por sus dos hijos, Sara y Neftalí, poder vender sus mercancías. Abdías, a las sustanciosas ventajas que como intérprete había adquirido, añadía la de la venta de toda mercadería que hombres y mujeres podían necesitar, y de todo aquello que pudiera satisfacer a unos guerreros que, en campaña y correrías, no prestaban demasiada querencia a sus bolsas.

—¡Vamos, Sara, coloca bien a la vista esas telas nuevas! Y tú, Neftalí, separa un poco más esa tea, que no se impregnen de humo —y su apremiante voz sobresalía por encima de las del resto del campamento que se organizaba para pasar la noche.

Pronto tuvo bien iluminado el espacio alrededor de los tres carros y dispuesto todo para la venta, a los que pronto acudieron algunos de aquellos guerreros y mujeres.

El judío Abdías —hombre de largas y blancas barbas, y de ojos pequeños y profundos— había visto en la nueva sociedad musulmana el medio de medrar. Procedente de una relevante familia de la aljama cordobesa, Abdías sabía que sus antecesores habían sufrido la intolerancia de los godos, quienes habían hecho que muchas lámparas de aceite se apagasen en las sinagogas, pues habían vivido siempre presionados, unas veces por las exigencias económicas y, otras, por la amenaza física de algunos de los miembros de las familias más ricas e influyentes de la nobleza goda. En la nueva sociedad que nacía tras la conquista árabe de la antigua Hispania, que los admitía y toleraba como poseedores de un libro sagrado, vieron los judíos la ocasión de que la fortuna para ellos cambiara.

Abdías, hombre ambicioso, pronto consiguió pasar del mercado en las calles de Córdoba a los zaguanes de las más importantes casas, a las que llevaba sus mercaderías. Atendiendo a las mujeres principales, a las que se desvivía por servir en todo lo que necesitaban, fue rehaciéndose de la pérdida de fortuna por parte de sus antecesores, al tiempo que recuperaba la solvencia de su nombre ante sus hermanos de la aljama, como próspero comerciante. Con unas condiciones ventajosas, y esperando aumentar su capital con el que dotar a su hija cuando llegara la hora de casarla, había aceptado la misión de intérprete entre los nuevos conquistadores y la población autóctona de aquellas tierras.

Y en medio de tanto ajeteo, de idas y venidas, voces de chiquillos y crepitar de fogatas, solo el noble Al-Uldri ben Hafsum guardaba un porfiado mutismo; en el rictus de su rostro podía observarse la gravedad de sus pensamientos. En su agitada mente se mezclaban los recuerdos del ayer con los planes del día siguiente, cuando decidiera dónde iba a levantar su ciudad. Se hallaba sentado sobre una derruida pared mientras su fiel esclavo, Eider, le preparaba la cena en una cercana hoguera. El resplandor de las llamas

y un rayo de luna iluminaban su rostro, y ponían un reflejo febril en su perdida mirada. A veces dirigía sus ojos y los dejaba perderse entre las caprichosas llamas, y, otras, los alzaba al estrellado firmamento, como si en un vuelo milagroso quisiera atravesarlo, y así poder escapar de la tierra que tan dura se le mostraba.

Llegaba el noble árabe a estas tierras como delegado del emir Al-Haken I para agrupar, en una nueva ciudad que habría de construir, al conjunto de villorrios y alquerías esparcidas al norte de las últimas estribaciones de Sierra Morena, a ambas orillas de la secundaria vía que, a través de Wad al Qanal, llevaba desde la romana Hispalis a Mérida.

En estas tierras todavía no se conocía la civilización del islam, ni la autoridad del emir, ni pagaban sus pobladores, por tanto, la capitación; muchos de estos pobladores vivían como salteadores y bandoleros, y él debía arroparlos, si ello era posible —y tenía que serlo porque en ello le iba su cabeza—, bajo la obediencia de su soberano, los versículos del Corán, su libro sagrado, y bajo el manto de la lengua árabe, instrumento de relación para todos los habitantes de la antigua Hispania. Sin embargo, estos habitantes, aunque oficialmente cristianos, vivían todavía a caballo entre el cristianismo y las antiguas creencias paganas de los pueblos que terminaron con el Imperio romano.

Por aquellas inmediaciones, y por expreso deseo de su poderoso emir, él debía fundar la ciudad que, al igual que en otros tiempos ocurriera con la romana Regina, fuera el punto de parada y descanso para los viajeros que iban desde las ciudades del sur de Al-Andalus hasta la cada vez más floreciente Mérida; una ciudad que diera seguridad a estos caminos y pudiera absorber a todo el potencial humano que vagaba, mendigaba o asaltaba.

Él, pesaroso y desconfiado de poder llevar a cabo la misión encomendada por el emir, y dolorido por haber dejado atrás su lujosa vida y su adorada Córdoba, se hundía en un pertinaz mutismo. Tanto le había dolido esta separación, que hasta sus más fieles y allegados no se atrevían a perturbar su meditativo silencio. Su

nostalgia se había ido agrandando a cada paso que daba su caballo, que lo alejaba de Córdoba. Sus ojos estaban velados por una impropia tristeza.

Admitía que la autoridad de su soberano estaba donada por Dios, y que sus órdenes debían ser acatadas, pero su inteligencia se rebelaba y, sin atreverse a maldecir, buscaba en su interior las razones por las que había sido apartado de su familia, de sus influyentes amigos y de su lujosa vida en Córdoba.

Solo la brisa fresca menguaba su escozor cuando dejaba que ella se llevara sus ofuscados pensamientos; mas enseguida volvían estos más afilados, más dañinos. Se decía no merecer este castigo al que su señor le sometía. Mucho le debía a su casa el propio emir, como antes le debieran los antecesores de este.

Él, descendiente de uno de aquellos nobles que recibieran en las playas de Almuñécar al huido de los omeyas, tenía su cuna en la más alta nobleza; y su niñez tuvo por orillas la ternura de las esclavas que lo vestían, y la dulzura de los brazos de su madre que lo recogía en su regazo colmándolo de besos y caricias.

Los sonidos del improvisado campamento se fueron amortiguando y el silencio se hizo poco a poco en la noche. Ya hacía rato que Abdías había apagado las antorchas de sus carromatos y cerrados los tenderetes. Pero Al-Uldri ben Hafsum seguía absorbido por sus pensamientos y sus recuerdos, que se encadenaban unos a otros, retrocediendo en el tiempo hasta ver a su madre, vestida aquella tarde con su túnica verde adornada con hilos de oro que a él tanto le gustaba, y los cabellos sueltos echados a la cara al inclinarse para besarle. Luego lo saludaba con las mismas palabras después de varios achuchones: «¡Que Alá sea siempre contigo, hijo, donde quieras que vayas, y te proteja de toda desventura!».

Y la vieja nodriza, que sentía por él especial cariño, siempre le llevaba envuelto en una tela los mejores dulces que se hacían en la cocina. Todavía se acordaba de sus apagados ojos azules. Entre sus recuerdos se abrió paso el día en que aquella cariñosa anciana le contó la alegría que hubo en su casa el día de su nacimiento:

—Fue un día —le dijo aquella tarde— a la vez aciago y feliz.

—¿Y por qué fue aciago? —recordaba ahora que contestó él, un tanto intrigado.

—Yo solo te contaré la parte feliz —le respondió la nodriza de apagados ojos azules—. Y fue feliz porque tú hacías mucha falta en esta casa, ¿sabes? Le hacías mucha falta a tu padre para dar continuidad a la prestigiosa estirpe de los Hafsum; pero, más aún, le hacías falta a tu madre.

Él no entendió entonces aquellas palabras hasta mucho tiempo después, cuando la nodriza, ya muy anciana y en la que se habían apagado del todo sus ojos azules, le contó la parte triste de aquella historia que ella no le había querido contar antes:

—Ocurrió que, el mismo día de tu nacimiento, a las lágrimas de alegría de tu madre se unieron otras amargas, vertidas por la noticia de la derrota del ejército del emir, en el que tu padre mandaba la caballería, allá en las lejanas y frías tierras de los cristianos.

Con aquella derrota en tierras cristianas llegaron años de ostracismo para cualquier miembro de la poderosa familia de los Hafsum; días de desasosiego, de desazón y de incertidumbres. Su padre cayó en desgracia acusado por envidiosos de su cargo y de la influencia que ejercía sobre el príncipe Hishan, segundo hijo de Abd al-Rahman, que ya se perfilaba como el próximo emir. Entre intrigas, amenazas y asesinatos, pasaron los días que sucedieron a la muerte del emir Abd al-Rahman I, al que unos llamaban el *Huido*, y otros, el *Elegido*. Después, el nuevo emir, Hishan, haciendo oídos a las calumnias, mantuvo a su padre apartado de la corte durante los años de su reinado. Más tarde prevaleció la verdad y su padre, al fin, fue recompensado con otros cargos políticos más cercanos al nuevo y temido emir, Al-Haken I.

Vinieron a continuación —recordaba Al-Uldri ben Hafsum bajo la fría y blanquecina luz de una luna que dejaba sombras fantasmales a su alrededor— años en los que disfrutó de una infancia feliz, correteando en las mañanas de verano, en compañía de otros príncipes, por la almunia que Abd Al-Rhaman I mandara construir

en la sierra de Córdoba. A la sombra de aquellos granados, mandados traer por el primero de los omeyas hasta Al-Andalus desde la lejana ciudad de Damasco, el murmullo de las fuentes y las canciones de las bellas esclavas, saboreó y disfrutó de las primeras caricias amorosas... Y una casi imperceptible sonrisa, al evocar aquellos momentos, apenas se dibujó en su ofuscado rostro.

Solo recordaba de aquella época feliz un momento desagradable, que empañó un tanto su felicidad sacudiéndole los cimientos de su sensibilidad infantil y mostrándole la dureza y la bestialidad de la que es poseedora el corazón humano. Fue una mañana en la que salió a pasear a caballo —regalo de su padre en el día que cumplía diez años—, y se encontraron por la orilla del río con el emir acompañado de su guardia personal: los temidos y feroces *al-jurx*, altivos, callados y crueles guerreros, cómplices en la crueldad de su amo, acrecentada en ellos todavía más por la maldad propia de la gente mezquina. Él y su padre se unieron a la comitiva, y su padre, por razón de su cargo, se situó a la izquierda de la montura del emir. Enseguida se generalizó la conversación y comenzaron a hablar de cosas que todavía él no entendía: levantamientos, escarmientos, rebelión, fueron palabras que llegaron a sus oídos carentes de significados. De pronto se sobrecogió, dio un tirón a las riendas con la fuerza que puede poner el espanto en las manos de un niño distraído y poco avezado en el manejo de las bridas; a punto estuvo de que lo tirara el caballo si no hubiera intervenido la oportuna y experta mano de uno de aquellos guerreros. Un espectáculo horrendo aparecía ante sus ojos: toda la orilla del río estaba sembrada de estacas adornadas en sus extremos con las cabezas de más de cincuenta rebeldes. Eran las cabezas cortadas y expuestas para escarmiento de los seguidores de Sulaymán, tío del emir, que había intentado quitarle el poder.

Nunca le pareció tan horroroso tan bello río.

Los gestos y las grotescas muecas de las cabezas maltratadas y desfiguradas le persiguieron en sueños durante algunas noches.

Poco tiempo después —recordaba ahora, sintiendo sobre su espalda el aguijón constante de la piedra de la pared en la que se re-

costaba—, decidieron convertirlo en hombre y le empujaron hacia las tierras de los bárbaros del norte, con un caballo al que costaba dominar, una extraordinaria armadura cubriéndole el pecho, y, sobre sus hombros, frágiles todavía, la responsabilidad del mando y, sobre su conciencia, el ejemplo de su padre.

Tras esa *razzia* contra los cristianos vinieron otras campañas en las que cada vez estuvo más cerca de la batalla, hasta que, cumplido los diecisiete, cabalgó junto a su padre como un guerrero más. Y así, de norte a sur y de sur a norte, acompañando a su progenitor, vivió parte de su juventud. Así conoció la dureza de las campañas, la compañía de otros hombres, feroces en el combate y amables, sosegados y sabios en los momentos de descanso y de paz, que eran los menos; así conoció la crueldad de la guerra hecha sin sentido muchas veces fuera del campo de batalla, donde otros hombres, sin control alguno, daban muestras de sus más bajos instintos de bestias, y de su ferocidad, sin respetar vidas inocentes, perdiendo el calificativo de guerrero para adquirir el de asesino... Y así conoció el sabor dulce de las victorias y el amargo de las derrotas...

Transcurridos los años, volvió a Córdoba con la aureola de héroe. Se convirtió en un noble distinguido en la corte del emir; saboreó las riquezas, el lujo y el bienestar; se hizo más amante, entonces, de la poesía que de las armas. Fue asiduo a los banquetes y fiestas de otros nobles, y compartía con el mismo Al-Haken — que gustaba de la compañía de aquel joven, y del que ya las malas lenguas murmuraban sin motivo—, sus juegos y sus aficiones. En todas partes era bien acogido, pues su apostura y su nobleza ensalzaban la propia fiesta. Y, como el poder y la riqueza, siempre rodea a uno de amigos, Al-Uldri vivió una época en la que se vio rodeado de halagadores que continuamente le adulaban y a los que, sin embargo, con cierta indiferencia toleraba...

Sus pensamientos seguían acosándole sin piedad. La nostalgia le pesaba en demasía sobre el corazón: «¡Ah, las noches de Córdoba, que calientan el cuerpo y abrasan los sentidos! ¡Noches en las que flotan, entremezclados, el perfume y la fragancia de multitud

de flores y de plantas! ¡Ah, sus mujeres, de negros y enamorados ojos, siempre impacientes detrás de las celosías a la espera de la hora mágica en la que aparece el amor!»... Y cerró por un instante los ojos para evocar con más intensidad aquellos momentos.

Sin saber cómo, un olor reconocido de la infancia, brotado de entre las piedras blancas de luna de la fantasmal y derruida ciudad en cuyas ruinas reposaba, se le había incrustado en el pecho y le había salpicado los ojos con los añejos recuerdos que se abrían paso en su memoria. Ante él acababan de sucederse los momentos que, de alguna manera, habían marcado su carácter.

Su esclavo, Eider, se le aproximó con un plato humeante. La noche había avanzado. Un silencio total había ya caído sobre el campamento, y ya no se escuchaban sino quedos pasos de alguien que se alejaba un poco para aliviarse.

—Eider —y sus ojos se fijaron en los del fiel esclavo al tiempo que le cogía el plato—, ¿qué nos tendrá reservado Alá para los días venideros? —y Eider, silencioso como siempre, le devolvió su melancólica mirada. Después se dio la vuelta, y él lo vio acomodarse junto a la fogata.

Las estrellas brillaban en el límpido cielo. La noche, plácida y viva, envolvía los sonidos en un manto de quietud y de silencio; la luna, redonda, hinchada, deshacía en claridad lechosa la nocturna oscuridad. Las ruinas proyectaban sombras caprichosas sobre el suelo, y los pendones y estandartes se movían como si tuvieran vida propia cuando la brisa los hinchaba.

Sus labios se movieron a impulsos de su corazón, y recitó en voz alta:

*«Vienes, luna, olorosa para amores,
y blanca te reflejas en el agua.
Mas solo está conmigo, esta noche,
mi sombra que me acompaña.
Y tanto me quiere, y la quiero,
que nunca me desampara,*

*ni dormido ni despierto.
Sé que no hallaré mejor amigo,
más asiduo compañero,
pues siempre a solas conmigo
es la que escucha mis versos».*

Y dirigiéndose a su corazón que dentro le gritaba en la calma de la noche:

*«Y tú, corazón, no grites,
no murmures en el pecho.
No me digas que no volveré a ver
a mi Córdoba, tan amada.
Ya oigo al río Guadalquivir
cómo lame sus murallas,
y las besa con suspiros
que el viento de mi pecho arranca».*

A la mañana siguiente todavía quedaba un resquicio de luna en el cielo.

II

Al-Uldri ben Hafsum no había dormido en toda la noche. Con las primeras luces del alba se incorporó; los entumecidos centinelas, al divisar su figura, se irguieron en sus puestos y sujetaron, marciales, sus lanzas. Inmediatamente ordenó que saliera una avanzadilla para informar sobre la actitud de aquellos moradores cuyos villorrios habían avistado la tarde anterior. Estaba ya impaciente por reemprender el camino, por decidir la meta y poner manos a la obra encomendada.

A media mañana, la partida que había salido de reconocimiento no había vuelto. Al-Uldri, mientras esperaba su regreso, paseaba preocupado delante de su caballo, al que Eider sujetaba de las bridas, temeroso de que algún altercado hubiera ocurrido con los lugareños. Instantes después observó que sus hombres se precipitaban y rodeaban a los jinetes que volvían; el jefe de la patrulla desmontó en las inmediaciones de donde él estaba y, tras un apresurado saludo, se llegó a informarle: habían sido atacados por un grupo de hombres cuando se acercaban a una majada en actitud confiada, y uno de los componentes de la patrulla había muerto de una certera pedrada. Allí traían prisioneros a dos de estos hombres con sus respectivas familias.

Amarrados por las manos y por el cuello, Al-Uldri pudo ver a dos hombres de aspecto maltratado, a tres mujeres de edad imprecisa, y a cuatros niños, atados de igual manera a las sillas de sus captores. De entre ellos destacaba uno, el mayor, por su continua resistencia a dejarse conducir; constantemente tiraba de la soga

que le sujetaba sin importarle la herida que esta le hacía en su cuello, al tiempo que increpaba en su lengua, dura y áspera, a los que a su alrededor se congregaban. Junto a él, amarrado de la misma forma, iba una muchacha asustada, morena de piel y pelo negro, desgredada; sus cabellos revueltos casi impedían ver un rostro lloroso y sucio. Caminaba sin ningún tipo de calzado, sus pies estaban heridos y sus pantorrillas ensangrentadas.

Sus temores se habían cumplido. Todo esto contrarió a Al-Uldri que tuvo que retrasar la salida hasta dar sepultura al cadáver del soldado de su mesnada e impartir la justicia que sus hombres esperaban, y que en todo el Dar al-Islam regía. Según la ley, el que se oponía por las armas, hombre o ciudad, sería masacrado, reducidos a la esclavitud los miembros de su familia y confiscados sus bienes.

Y, en cumplimiento de esta ley, los dos hombres fueron degollados entre aquellas ruinas blancas de olvido, quedando abandonados sus cuerpos a los animales del campo. Las mujeres y los niños fueron repartidos como esclavos entre los hombres de la avanzadilla que habían sufrido la agresión.

Este acontecimiento dejó un poso de amargura en el corazón de Al-Uldri, y se unió a las sombras de las preocupaciones con las que se había levantado.

Al fin la comitiva se puso de nuevo en camino —primero los jinetes, después los carros, y detrás una numerosa retaguardia—, dejando una sepultura cubierta con una piedra plana y dos cuerpos al sol, sobre los que ya revoloteaban anchas alas negras.

El sol, suspendido en el centro del cielo, caía sobre sus cabezas recalentando los yelmos puntiagudos de los soldados. El frescor que despedía el ancho arroyo que paralelo al camino discurría, y la brisa impregnada de perfumes montaraces que hasta Al-Uldri llegaba, no lograban apagar la quemazón de su pecho. Su caballo, sintiendo la blandura de las riendas, alargaba la boca en busca de las tiernas hierbas que entre sus cascos encontraba, haciendo retener el paso a la retaguardia. La indolencia se transmitió a toda la mes-

nada; un rumor dicharachero recorría toda la columna y llegaba a sus oídos como un enjambre de zánganos, arrullador y zumbón.

Detrás de los primeros jinetes, escoltados por soldados y sirvientes de confianza, iban los carros en los que viajaban las mujeres de los hombres principales del séquito de Al-Uldri; detrás, las nodrizas que llevaban a sus pechos a los niños, a pesar del continuo y persistente traqueteo de los carros. Otros seguían las rodadas de estos, cargados con los enseres, lujosas arquetas y ricos adornos, preciosas y costosas telas, y toda clase de objetos que conformaban la personalidad de estos hombres hechos a la dureza de la guerra y al sacrificio de la campaña, pero también al lujo, a la comodidad y a la asidua compañía de sus mujeres.

El camino todavía estaba húmedo por las últimas y persistentes lluvias caídas y, a largos trechos, se habían formado extensos y profundos charcos en los que chapoteaban los cascos de los caballos y se hundían las ruedas de los carros, levantando un hedor de agua corrompida.

La comitiva de Al-Uldri causaba una viva curiosidad entre la gente que encontraban a su paso. Eran, estos, los que observaban, hombres dedicados a la tierra y al pastoreo; de constitución fuerte, recios, morenos, poblados sus renegridos rostros de negras y mal cuidadas barbas que les daban un aspecto mísero, mas cuando se encendían de rabia y de ira sus ojos, sus miradas eran de desconfianza y fiereza. Al-Uldri ben Hafsum pudo sentir sobre los suyos la dureza de aquellos ojos que, sin bajar la vista al igual que sus servidores, le sostenían orgullosos la mirada.

Descendían los pobladores de estas tierras de una mezcla de pueblos y de civilizaciones. Habían heredado la sangre heroica de los turdetanos y lusitanos que lucharon victoriosos contra las legiones de la poderosa Roma, mezclada con la de otros pueblos, godos y vándalos que, a su paso, saquearon y destruyeron la cultura latina. Más tarde la lucha por la supervivencia había hecho del hombre autóctono un ser que no doblaba la cerviz ante la nueva fuerza conquistadora; las primeras huestes musulmanas que ha-

bían pasado por allí no habían podido doblegar la férrea voluntad de aquellos hombres de vivir y morir libres. En una mano la espada; en la otra, el arado o el cayado. Así era como siempre habían vivido.

Pero había, sin embargo, otra masa humana de salteadores y mendigos que deambulaba de guerra en guerra, alimentándose de despojos, sin tener pan que llevarse a la boca ni lugar donde cobijarse. A ellos, pensaba Al-Uldri viéndolos desde su caballo, era a los que principalmente tendría que dirigir sus esfuerzos pacificadores.

Todas estas tierras que pisaban ahora los cascos de su caballo habían quedado a espaldas del ejército de Musa ben Nusayr en su apresurada marcha hacia Mérida. Y ahora, después de tantos años, llegaba él al frente de un gran contingente de orgullosos y veteranos soldados, muchos de ellos con sus familias, que recibirían, como premio a sus continuas campañas, donaciones de partes de estas tierras; unas pertenecientes a los que habían huido hacia las tierras de los cristianos, y de otras nuevas que serían roturadas para su asentamiento definitivo, y base para construir la ciudad que sería bastión de seguridad en tan importante ruta. Con él iban también jueces y escribanos para la administración; capataces y artesanos, un sin fin de esclavos para las más oscuras y arduas tareas, así como un cierto número de músicos y bailarinas para ahuyentar la melancolía en las tardes de invierno, cuando su corazón fuera preso de la nostalgia y de la añoranza de su amada Córdoba.

Sus ojos se posaban, con ese temor primario que siempre tiene el hombre a lo desconocido, sobre la tierra que ante sí y hacia el horizonte se abría. Su principal preocupación, desde que atrás dejara las murallas de su ciudad, y sobre todo desde que saliera por la mañana de aquellas ruinas para seguir el camino, era el temor a una rebelión generalizada, a la sistemática negación, por parte de aquellas gentes que observaban su paso, a todo lo que él emprendiera y ordenara. Y se fijó el firme propósito de que donde él estuviera, no daría lugar, ni motivo, para que se organizara una revuelta; ni tampoco la consentiría. Sabía, no obstante, que para realizar una

gran empresa como la que a él se le había encomendado, solo sería posible llevarla a cabo, y tendría éxito, si lo hacía bajo una amplia tolerancia religiosa y una extraordinaria administración de los impuestos que estaba obligado a cobrar.

Ya al atardecer, al final del ancho camino por el que venían cabalgando, allí donde el último ramal de la sierra parecía ser engullido por la amplia campiña que a sus ojos se extendía, toparon con un amplio y verde prado. Un borbotear continuo de agua de entre unas peñas incrustadas en un rocoso terraplén se vertía a un rudimentario y viejo estanque de piedra, al que escoltaban, a corta distancia, dos encinas de gruesos troncos y ampulosas copas. Era la puerta de entrada a la extensa campiña, el límite entre la sierra y el llano. Algo mágico parecía emanar, junto con el agua, en aquel lugar. Y allí Al-Uldri ordenó detenerse.

Un grupo de mendigos, hombres, mujeres y niños se arracimaban juntos y harapientos en torno al tronco de una de estas encinas. Los soldados de vanguardia, al igual que hicieran la tarde anterior en las ruinas de Regina con los pastores que la habitaban, expulsaron a esta triste masa humana sin hacer oídos a sus tibias protestas. Todos, como un solo hombre, empujados sin miramiento alguno por los pechos de los caballos y las puntas de las lanzas, al unísono se pusieron en marcha para alejarse lo más pronto posible de estos nuevos dueños que llegaban para posesionarse de las tierras y de los hombres que las habitaban.

Al-Uldri esperó sentado sobre el brocal del estanque la vuelta de los soldados que habían salido a inspeccionar el terreno para acampar. A su alrededor sintió de pronto la paz y la serenidad del entorno; aquel terreno era el adecuado para iniciar en él su empresa constructora. Su macilento y cansado rostro se reflejaba en el agua del estanque donde habían caído multitud de diminutas hojas de las cercanas encinas. Ordenó, a la vuelta de la patrulla de reconocimiento, que se acampara un poco más al oeste, en la cima de un mogote, redondo y gastado, poblado por enormes canchos, y que le serviría de punto de apoyo en la defensa del campamento,

en caso de que no le diera tiempo a retirarse hacia la cercana sierra ante un imprevisto ataque por parte de los lugareños. El lugar era idóneo para iniciar su obra: cerca del manantial y en alto. Desde allí podía contemplar la inmensa llanura que se extendía en un amplio arco de Oeste a Este, y que podría convertirse en una feraz campiña si se la trabajaba.

Decidió que en aquel punto y momento terminaba su viaje, y comenzaba su misión; que en este lugar, al pie del mogote de canchos donde se abría una extensa llanura, él pondría las piedras de la ciudad que cobijaría a todos aquellos hombres que había visto desperdigados por los caminos, sin hogar y hasta sin patria, perdidos entre miserias, y en lucha continua por un pedazo de pan y un lugar, distinto cada vez, donde pasar la noche. Para ellos él traía en sus manos la nueva civilización, la cultura y el vivir que ignoraban, así como la religión de Alá, protector y omnipresente Dios de todo lo creado, para los que quisieran abrazarla.

Instantes después de su llegada al lugar elegido una febril actividad se apoderó de todo el campamento; rápidamente los hombres comenzaron a descargar los carros y a reunir a los animales en un apartado lugar, a levantar tiendas y marcar el terreno para dar forma a un campamento militar. El sonido de los mazos contra las estacas pobló de golpes secos el silencio milenario de aquellos canchos. Las órdenes de mando, templadas por la costumbre, se levantaban metálicas por encima del griterío de algunos muchachos y del balar, ronco e implorante, de los animales que eran degollados.

La tienda de Al-Uldri ben Hafsum fue levantada, vestida y adornada, con la presteza y rapidez de las cosas que se hacen cotidianamente.

Al-Uldri, entretanto, sentado en la piedra más grande, nacida en la misma cima de la cota y junto a la cual se había levantado su tienda, observaba, meditabundo, el ajetreo del campamento. Allí, aislado de todos, sobre una piel de cordero que le había traído su esclavo Eider, cuando llegó el momento realizó sus oraciones con

sus labios abotagados de fe, intentando apartar de sí sus funestos pensamientos:

—Solo hay un Dios y Mahoma es su profeta. Alá es grande. Alá es omnisciente... —y los noventa y nueve distintos nombres de Alá, salidos de sus labios, se esparcían con la brisa por todo el campamento.

Pero mientras sus labios musitaban rezos de adoración a Dios, no podía evitar que su mente se escabullera por rendijas y fisuras, y nadara y se recreara en pensamientos ajenos a la oración: «¿Por qué he llegado hasta esta situación en la que ahora me encuentro? ¿Qué vientos de desdichas me han empujado hasta la desolación en la que ahora me veo? ¿Quiénes, palabras traicioneras han vertido en los oídos del emir, que me ha arrojado de su lado cuando más fuertes eran nuestros lazos de amistad y mi lealtad había sido probada tantas veces? Estos que yo creía amigos por la noche, al alba pusieron en sus lenguas palabras de insidia, y en sus manos cuchillos traicioneros. No existe medicina alguna, ni conjuro, capaz de erradicar la envidia, y la pensada venganza, del corazón malvado». Y por asociación de pensamientos, en los que se encadenaban seguidos unos a otros, llegaba hasta las mismas puertas de su amada ciudad, a la orilla de su bello río, y a la nostalgia de su vida dulce y placentera de sus últimos años.

«¡Oh, brisa —exclamaba para sí—, que embriagas de primavera las almas de mis amigos, si pasas por el lado de alguno de ellos, llévale el dolor del que mis suspiros hablan! Nada, aunque haya estado firme durante siglos, permanece; en un soplo, en un solo instante, todo puede cambiar. Todo es fugaz; solo el interior de un hombre que vive hacia adentro es inmutable; mas la vida exterior del hombre, al igual que la del resto de la naturaleza, está en continuo cambio movido por la inconstante fortuna que a mí, con la mayor de las crueldades, me ha traído hasta el estado de abandono en el que ahora me veo... ¡Oh, mi amada Córdoba, mi deseo de verte y respirar el perfume de tus flores es tan grande como el peso de mi desgracia! Mi corazón se encoge de tristeza, y, alejado de ti,

necesito del viento fuerte que haga henchirse mi alma para arrebatarla de esta desgana y ponerla de nuevo en el certero rumbo».

Por primera vez se reconocía solo; su soledad le dejaba unos grandes huecos dentro de sí que nadie podía llenar. Atrás había dejado posición y familia. Nadie tenía a su lado con quien compartir sus ansiedades, ni su felicidad si la suerte le sonreía en el futuro, ni sus miedos, tan presentes en estos momentos. Notaba sobre sí cómo el poder del emir se alargaba en la distancia y lo atrapaba en sus amplias y extensas redes. Sabía que algunos hombres de los que le acompañaban habían sido colocados por el propio Al-Haken para que le tuvieran al tanto de todos los acontecimientos. ¿Qué, si no, representaban aquellos cajones con palomas, rápidas mensajeras, que durante una parada descubrió en uno de los carros? ¿Serían capaces de contar la verdad, o bien mentirían para encumbrarse ellos mismos a costa de su caída?

A estos pensamientos seguía, entonces, la rabia que se le acumulaba en el pecho mientras de sus labios caían, ya con cansina monotonía, los distintos nombres con los que se nombraba a su dios Alá.